

La lección de al-Ándalus

José María Ridaó. Escritor

A pesar de los cinco siglos transcurridos desde el fin del reino musulmán de Granada bajo el empuje militar de los Reyes Católicos, el pasado de al-Ándalus sigue constituyendo, aún hoy, uno de los puntos más oscuros y controvertidos de la historia de España. Denostada como anomalía en el encaje europeo del país o ensalzada como ejemplo de convivencia entre comunidades, la historia del islam en España suele abordarse, en cualquier caso, desde unos presupuestos exentos del rigor que exige distinguir entre la reconstrucción del pasado y las necesidades políticas o ideológicas del presente. Quizá por ello, las actitudes de aprecio o de antipatía hacia al-Ándalus y lo que representó suelen alternarse con previsible regularidad en la opinión de los autores españoles desde el siglo XVI, originando una permanente controversia en la que los argumentos se repiten una y otra vez, como condenados a un eterno retorno sobre los mismos problemas, los mismos silencios, las mismas incógnitas.

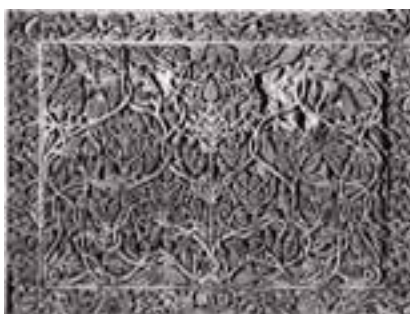
La recurrente preocupación por ensalzar o por denostar al-Ándalus ha hecho perder de vista que, a fin de cuentas, una y otra posición se vienen confrontando dentro de un único terreno, definido por los mismos mitos y falsificaciones. La historiografía española sigue careciendo en buena medida de una aproximación que ponga en entredicho, no los juicios sobre al-Ándalus,

sino el marco conceptual e ideológico en el que esos juicios se sitúan, y que tiene su remoto origen en los tiempos de los Reyes Católicos. Una aproximación que se interroga, para empezar, sobre las consecuencias de afirmar que los ocho siglos de islam peninsular forman parte de una "España árabe" o, por el contrario, de una "España musulmana". En el primer caso, el relato tradicional de la *Conquista* a manos del mítico caudillo Tariq cobra todo su sentido, lo mismo que la idea de al-Ándalus como un añadido inasimilable a la historia de España. De igual manera, la *Reconquista* constituiría la obligada respuesta a aquella agresión originaria, una legítima recuperación de lo que, previa e injustamente, había sido arrebatado por armas extranjeras. Para esta forma de relatar el pasado, España se erige en baluarte contra el islam, sus rasgos se definen por oposición a él, al punto de que su carácter cristiano sería inseparable de su supuesta esencia nacional. Como resumiría un ideólogo del general Franco en pleno siglo XX, "quien diga ser español y no ser cristiano, no sabe lo que dice".

La verosimilitud de este relato —repetido con mínimas variantes desde los tiempos de la toma de Granada en 1492 hasta en los libros de texto del franquismo e, incluso, de la democracia— queda sin embargo en entredicho si, en lugar de considerar al-Ándalus como parte de una "España árabe", se interpreta como parte de una "España musulmana". La *Conquista* de

Tariq aparecería entonces como un mito dudoso construido para denigrar la opción religiosa de unos habitantes de la Península en favor del islam. La supuesta imposibilidad de asimilarlos se convertiría, a su vez, en un falso problema, porque nunca habrían existido en la Península unos *árabes* venidos de Arabia e intentando imponer su credo, sino unos españoles que decidieron profesar la fe musulmana frente a otros que se inclinaron por la cristiana o por la judía. La *Reconquista* —siempre dentro de esta misma línea de relato— no habría restablecido ninguna situación alterada con anterioridad, sino que, por el contrario, habría proscrito una opción religiosa, convirtiéndola en extranjera para mejor desalojarla y perseguirla. La milenaria esencia cristiana de España se dibujaría, por último, como un argumento propagandístico dirigido a fundamentar una nueva legitimidad para un nuevo poder; un nuevo poder que, al definirse como cristiano, excluía como no-españoles o anti-españoles a quienes tuviesen otras creencias. Primero, sin duda, a judíos y moriscos, pero a continuación a todos aquellos que a lo largo de la historia —erasmistas, ilustrados, liberales, anarquistas, comunistas o demócratas— se fueron desviando de la ortodoxia cristiana que el poder había asociado a lo español. Sobre esta primera falsificación de la historia de al-Ándalus, que disfrazaba como una diferencia entre nacionales y extranjeros, entre *españoles* y *árabes*, lo que, según recordaría Cer-

Motivos decorativos encontrados en el Salón Rico de Madinat al-Zahra. Córdoba



vantes en el *Quijote*, era un problema relacionado con la libertad religiosa, un problema entre españoles *crístianos* y españoles *musulmanes*, se añadiría una segunda falsificación en el momento de la expansión colonial europea en el Magreb. En 1906 España y Francia firmaron el Tratado de Algeciras, por el que los dos países se repartieron el Protectorado sobre el territorio del Marruecos actual. Mientras que Francia justificó esta acción colonial apelando a la *mission civilizatrice* a la que Europa estaba supuestamente obligada, España se encontró ante la embarazosa situación de pretender “civilizar” a quienes, como los *árabes*, la habían “civilizado” a ella siglos antes. En este sentido, al-Ándalus —la simple existencia de al-Ándalus— se erigió como uno de los más formidables obstáculos conceptuales para la empresa colonial de España en el norte de África.

La solución sugerida por la historiografía de la época y, más en concreto, por el arabismo, fue, en cierto modo, salomónica. Puesto que las ambiciones coloniales de España se limitaban al Magreb, bastaría entonces con dividir la historia de al-Ándalus en dos periodos, uno próspero y floreciente, y otro decadente y hasta monstruoso. De acuerdo con esta peculiar división, entre 711, fecha de la supuesta *Conquista* árabe, y 1091, fecha en que los reinos musulmanes de la Península quedan bajo la órbita de las dinastías norteafricanas de almorávides y almohades, España habría vivido bajo

un régimen de inusitada prosperidad, en el que, como señala uno de los grandes patriarcas del arabismo español del siglo XX, Emilio García Gómez, Córdoba resultaría comparable a “la Bagdad de *Las mil y una noches*, pero desprovista de todo lo oscuramente monstruoso que para nosotros tiene siempre el oriente; occidentalizada [concluye] por el aire sutil y campero de Sierra Morena”. A partir de 1091, es decir, a partir de la fecha en que al-Ándalus pasa a ser gobernada desde el norte de África, habría acabado, por el contrario, y siempre según García Gómez, “la verdadera civilización arábigo-andaluza”. En resumidas cuentas, y gracias a esta reformulación del pasado hecha a la luz de la expansión colonial, España estaba en condiciones de invocar la misma *mission civilizatrice* que el resto de los colonizadores europeos porque, al final, el gobierno de los norteafricanos en al-Ándalus, el gobierno de los ancestros de los marroquíes que quedarían bajo la tutela de España por el Tratado de Algeciras, había representado el triunfo de la barbarie, la negación de la civilización y la cultura. La convulsión de los tiempos que vivimos, en los que la inmigración, por un lado, y el *yihadismo*, por otro, se han convertido en dos aspectos decisivos de la realidad internacional, ha hecho que esta vieja querrela acerca del pasado español haya resurgido por los caminos más insospechados. Al-Ándalus vuelve a ser invocada, en España y fuera de España, bien para

defender que la convivencia con el islam es posible, bien para demostrar exactamente lo contrario. En realidad, ambas posturas comparten el presupuesto de que los problemas de hoy deben encontrar una respuesta en la historia. Si alguna lección cabe extraer del relato sobre los orígenes y el fin de al-Ándalus, es que la interacción entre el pasado y el presente suele desarrollarse en la dirección inversa: no son las acciones políticas dirigidas a resolver los problemas de hoy las que se acomodan a la historia, es la historia la que se escribe para legitimar las acciones políticas. Así, cuando hoy se escucha a algunos europeos declarar que, según se ha demostrado a lo largo de los siglos, el islam es incompatible con Occidente, es de temer que nos hallemos ante una reescritura del pasado que intentará legitimar la discriminación de los musulmanes contraria a los principios democráticos vigentes. De igual manera, cuando al-Qaeda invoca la tradición para llevar a cabo una sangrienta revolución, hemos de saber que es su proyecto político el que está manipulando el pasado del islam, y no el pasado del islam el que lleva a la existencia inexorable de al-Qaeda.

En España, la paz naufragó en demasiadas ocasiones por confundir la relación entre el pasado y el presente, entre la historia y la política. Hoy es el mundo el que, cegado por el espejismo de un nuevo determinismo histórico, corre el mismo riesgo de naufragio.

